

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

España:

Cada 10 números quincenales 1 pta. al mes

Extranjero:

Cada 10 números quincenales 1,50 al mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle de Cibrales, núm. 144, principal.

A donde se dirigirán TODOS los encargos y correspondencia.

Apologética en el tren

El tren corría veloz por las llanuras de Castilla, como si deseara dejar pronto atrás aquella sábana inmensa de tierra parda y hosca, para subir luego, lentamente, como recreándose en la grandeza del paisaje, el puerto asturiano de Pajares, pasmo de los ojos y delicias del alma.

Los viajeros dormitábamos... Sólo permanecía en vela, pasando devoto entre sus dedos las cuentas del rosario, un religioso franciscano, de hábito pardo como la tierra que cruzábamos y que, sin duda, tenía el alma tan grande como el espíritu de aquella misma tierra, madre y civilizadora de mundos...

De pronto, el tren se detiene en una de esas estaciones insignificantes que parecen no tener otra misión en medio del mar muerto, de la llanura inacabable, que dar señales de vida. Se abre la portezuela y penetra un viajero con una sombrero azul en la mano. Se sienta junto al religioso sin darle las buenas noches y, colocando sobre sus rodillas la sombrero, echa una mirada escrutadora por el resto de los viajeros: unas señoras, dos estudiantes y el cronista de este viaje cómico, como ustedes verán, si llegan al final de mi relato, rigurosamente histórico.

No pareció inmutarle al buen religioso la llegada del desconocido viajero, por cuanto siguió absorto en su oración. Pero no así al viajero de la sombrero azul, que no hacía más que agitarse en su asiento, como si la proximidad del fraile pudiera acarrearle algún maleficio. Y aún creemos que hubiera cambiado gustoso de sitio a tener otro disponible.

Rezando el fraile, inquieto el viajero de la sombrero azul y dormitando los demás viajeros, nos sorprendieron las primeras luces de la mañana.

Los estudiantes, gente moza y parlanchina, que iban a la ciudad de Compostela a continuar sus estudios y sus picardías, fueron los primeros en entablar conversación sobre cien cosas distintas. A poco entrábamos en ella todos los viajeros, menos el religioso, y no mucho después, hablaba solo y por los codos, como suele decirse vulgarmente, el viajero de la sombrero azul.

Varias veces quiso llevar éste las aguas de la discusión hacia el cauce religioso, sin conseguirlo. Indudablemente estamos delante de un anticlerical, exacerbado por la presencia del fraile.

Triunfó, por fin, el viajero de la sombrero azul y se habló de la Religión.

El no creía en nada. La Religión era una invención de los curas y de los frailes para ir viviendo a costa de los niños

y de las mujeres. ¡Oh! El había leído, él había estudiado, él estaba en el secreto.

El religioso franciscano, callado hasta entonces, terció en la conversación.

—¿Ha estudiado usted mucho, señor mío?

—Mucho, reverendo Padre—contestó con cierta sombra el viajero de la sombrero azul.

—¿Y qué ha estudiado usted, si se puede saber?

—He leído cuanto acerca de Religión han escrito los clásicos y los modernos.

—¿Conocerá usted entonces a Platón y a Aristóteles?

—No, señor; esos no son santos de mi devoción.

—¿Conocerá usted a San Agustín y a Santo Tomás?

—¡Oh! no. Tampoco son santos de mi devoción.

—¿Pero, por lo menos, habrá usted leído las obras de Bossuet y de Balmes?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué ha leído y estudiado usted acerca de Religión?

—Reverendo Padre... Yo conozco todo lo que han escrito acerca de Religión, no los que piensan como usted, sino los grandes hombres de la humanidad que piensan como yo.

—Vamos, usted habrá leído a Voltaire.

—No, a Voltaire... no; recuerdo...

—¿A Renán, quizá?

—No, no, tampoco. Ha habido en la humanidad hombres más ilustres que esos...

Por ejemplo, ya que aquí se ha hablado de la divinidad de Jesucristo, en la que he dicho a usted que no creo, yo he leído y estudiado a Horacio, el gran Horacio.

—¿A Horacio?—preguntó haciendo un signo de extrañeza el buen religioso.

—Sí, reverendo Padre, a Horacio. Lea usted a Horacio y verá lo que este gran genio pensaba de los milagros de Jesucristo y, sin duda, modificará la opinión que tiene de ello... hasta si es usted hombre sincero abandonará ese hábito. La estupefacción fué general.

El religioso franciscano demostró al viajero de la sombrero azul cómo Jesús hizo su primer milagro en las bodas de Caná el año XV del reinado de Tiberio, al paso que Horacio, «¡el gran Horacio!» había cantado a Mecenas y brillado en el reinado de Augusto.

No volvió a hablar más el viajero de la sombrero azul, sobre el que cayó la hilaridad general. En la primera estación, no sabemos si era la de su destino, se bajó «el sabio anticlerical», sin olvidar su sombrero azul, que ni un momento, ni aún para citar a Horacio, había dejado de la mano.

Aún seguían en el vagón las risas y felicitaban los estudiantes al Padre franciscano, cuando uno de ellos preguntó:

—¿Qué llevará «ese sabio» dentro de su sombrero azul?

—No lo sabemos—replicó el fraile. Pero si sabemos lo que lleva dentro de su cabeza: cuatro periódicos infames que llenan de viento e hinchon a estos pobrecitos, verdaderos pozos de «sabiduría anticlerical».

Y añadió el buen religioso:

—Ya lo dijo Brunetiere, aquel impío francés convertido al catolicismo:

«¿Quiénes son los que continuamente están atacando a la Iglesia y sus dogmas? Los que nada saben de Religión, o de lo que sus preceptos requieren.»

Asentimos todos. El tren subía el puerto de Pajares perezosamente, como recreándose en la grandeza y hermosura del paisaje asturiano, pasmo de los ojos y delicias del alma...

G. REQUEJO VELARDE.

La verdadera regeneración

Para regenerar hombres, no publica Ignacio de Loyola manifiestos ni proclamas; límitase a enseñar las verdades eternas y forma ejércitos de héroes.

Para instruirles les dá los Ejercicios espirituales, compendio sublime de la obra inmortal de San Ignacio. Ellos enseñan al hombre por quién y para qué fin fué creado, de donde viene y a donde va; le recuerdan sus obligaciones, los castigos que si no las cumple le amenazan, los premios que le esperan si las cumple; le enseñan a amar y a sacrificarse hasta morir por el prójimo y por la Patria; forman hombres de carácter viril, no espíritus afeminados; soldados valerosos del ejército de Dios y de la patria y no viles traidores que por un puñado de oro o por un poco de gloria, o por el aplauso de un Congreso de nulidades o las aclamaciones de una turba envilecida y criminal, venden a Dios y a la patria y al rey a cuya sombra medraron.

¡Los ejercicios espirituales!... Ellos serían un poderoso regenerador, si se practicaran por todos y con frecuencia, que acabando de una vez con tanto farsante y tanto muñeco y tanto blasfemo como nos martirizan, imprimiría nuevos rumbos prometedores de auroras halagüeñas, a la España decadente, a la nación predilecta de María, a la tierra donde el Sagrado Corazón de Jesús ha prometido reinar con mayor veneración que en otras partes.

Miguel Casals Gambús.

A UN ATEO

Suponte por un momento que te asiste la razón, y que después de esta vida no hay otra mejor o peor. ¿Me dirás qué habré perdido por vivir con sujeción a las leyes que la Iglesia tan sabiamente dictó? Si ellas dan paz al espíritu y sosiego al corazón; si hacen que en esta vida vayan de la dicha en pos; si en los duelos me traen calma; si me aplacan el dolor; si me dan sueño tranquilo, ¿qué más puedo pedir yo? Mas supón que te equivocas; suponte que existe Dios, y es Autor del mundo todo, y es del hombre Creador; suponte que hay otra vida, no como ésta de veloz, sino perenne, perpetua, sin final consolador: para quien de la ventura neciamente se apartó; suponte que un Juez divino, jamás sujeto al error, dicta sentencia en tu causa, pero sin apelación; ¿no habrás sufrido un engaño espantoso, aterrador? ¿No será tu pena inmensa al ver tu condenación? Dime, pues, desventurado, si negocio de tal pro no debe estudiar el hombre con alguna detención. Piensa que tus negaciones no tienen ningún valor, y que por más que tú grites, las cosas son como son. Piensa, pues, qué vas perdiendo si yo en la verdad estoy y lo que yo perdería si tuvieras tú razón. Me parece que el asunto, para el hombre pensador, es el de más importancia de todos los que estudió; y pues te precias soberbio de ser buen razonador, piensa que no es razonable decir que no existe el sol porque a los ojos del ciego no llegue su resplandor.

Fermín de Esnarrizaga.

LECCION PRACTICA

Un pobre hombre, empleado en dar aire al fuelle del órgano de la iglesia parroquial de su pueblo y que había llegado a creer que todos los hombres se han hecho iguales en todo y para todo, presentóse un día al Cura párroco, y dando vueltas entre sus manos a la gorra, cabizbajo y con cierta timidez, dijo:

—¡Señor Cura!
—¿Qué hay, Juan?
—Pues... hay... la verdad, señor Cura, lo que hay es que las cosas no van con la igualdad que dicen.
—Explicaoas, que no os entiendo.
—Pues... sí, señor; eso de estar siempre dale que dale al fuelle es trabajo pesado y... además, señor Cura, muy mal pagado... ¡cien pesetas al año!... Mientras que al Sr. Talbert (así se llamaba el organista) le dan 1.250 pesetas yo me estoy descrismando trabajando de pie todo el tiempo, y el señor Talbert, muy bien

sentado, no hace más que dejar correr sus dedos como quien da sobre una mesa... Y eso, señor Cura, no está bien con la igualdad: al fin mi trabajo es más.

—De modo, Juan, que vos quisiérais...
—¡Justo, señor Cura, que mi paga sea mayor!

—Acaso tengais razón, Juan... ¡Ya lo pensaré!

Al cabo de unos días, díjole el Cura:
—Juan, he hablado de vuestro asunto con el señor Talbert. El es joven, y vos vais entrando en años; y reconociendo que esta situación no está conforme con las reglas de la igualdad, ha pensado lo siguiente: él desde luego, os reemplazará en la tarea de dar al fuelle; y vos mientras tanto no haréis más que *dejar correr los dedos y bien sentadito*.

—¡Oh!—exclamó Juan, estupefacto,— ¡pero yo no sé cómo hacer correr los dedos!

—¡Ya!... entonces eso ya no es *igual*... ¿Quién había de imaginar que no sabéis hacer correr los dedos como el señor Talbert?

Y Juan se quedó sin aumentar de sueldo, y se lo explicó perfectamente.

TODO UN TIO

—¿De quién es esa casa?

—De un indiano.

—¿Natural del país y enriquecido en América?

—Sí, señor; de una de las familias más acomodadas del lugar; pero a quien sus hermanos mayores trataban a baqueta, por lo que el mozuelo huyó a la capital, se colocó en una tienda de ultramarinos, se fué luego a Cuba, en donde pasó cuarenta años, sin acordarse para nada de su familia, ni su familia de él, hasta que cuando la guerra, liquidó allá todo lo que tenía y se presentó aquí con una porrada de millones. A nadie dijo quién era; sus padres y sus hermanos habían muerto; compró en estos montes los terrenos necesarios, trajo albañiles de fuera, y gastándose muchos miles de duros, levantó este palacio que usted ve, como no hay otro en veinte leguas a la redonda.

—Verdaderamente es hermoso y por la situación que ocupa, pintoresco y poético.

—¿Quiere usted verlo?

—¿Pero si no conozco al dueño?

—No le hace; es muy campechano y goza enseñando a todo el mundo su casa.

Fuimos allá, nos recibió admirablemente, y lo encontramos ocupadísimo recibiendo regalos de todas clases, que le ofrecían numerosos lugareños y lugareñas de todo pelaje, venidos a obsequiarle por ser su santo. Mi espolique me sacó de dudas, diciéndome:

—Todos estos que usted ve, todos le llaman tío.

—¿Lo será?

—De algunos, sí, señor; pero de la mayor parte ¡quite usted allá! Lo mismo son sobrinos ellos que yo.

El uno le presenta un cabrito, el otro unos pollos, éste capones cebados, aquel un panal de miel recién salido de la colmena, nueces, castañas, avellanas, jamones, chorizos, truchas, angulas, tortas, cuanto en el lugar había, todo desfiló por delante de nosotros, todo le fué ofrecido al indiano con la más amable sonrisa, con las cortesías más ridículas y las adulaciones más rastreras; todo lo tomaba el indiano riéndose y a todos daba las gracias, añadiendo a guisa de propina:

—Bien, sobrino (o sobrina según el caso), bien; me acordaré de tí...

El socarrón del espolique se reía a mandíbula batiente. Quise retirarme, pero el amo de la casa nos pidió mil perdones por no haber podido enseñarnos el chalet en el acto, y nos rogó que esperásemos algunos minutos.

Dicho y hecho, apenas se marchó el último sobrino, el indiano se puso a nuevas órdenes, nos enseñó toda la finca con sus preciosas dependencias, nos convidó a comer, invitación que no aceptamos, retirándonos encantados y complacidos.

—¿Será, pues, muy generoso el indiano con toda esta partida de sobrinos más o menos auténticos?

—No les dá un céntimo ni les regala nunca nada.

—Entonces ¿es avaro?

—No lo crea usted; no hay hombre más caritativo, más hospitalario y más limosnero que él en el mundo.

—¿Cómo se explica, pues, tan insistente generosidad en los sobrinos?

—Pues por el lamín de la herencia, que el hombre es tan viejo como rico y no se le conocen herederos.

—Tendrá hecho testamento?

—Nadie lo sabe.

—Es curioso el caso.

—Pasaron algunos años, volví por aquellas tierras y supe que el indiano había fallecido, acreditando en su testamento que era un tío, todo un tío de cuerpo entero.

He aquí algunas líneas del documento famoso:

«Pobre salí hace cincuenta años de este mi pueblo natal, sin que durante medio siglo me mirase nadie con buenos ojos, y ni aún mis hermanos y sobrinos se acordasen para nada del santo de mi nombre; pero apenas regresé millonario y las gentes se convencieron que carecía de herederos forzosos, en pocos días quedé convertido en el tío universal e ídolo de los aspirantes a mi herencia. Me he dejado adular y regalar de lo lindo, y convencido de que todos mis parientes y sobrinos, más o menos auténticos, se abrasan en caridad, desprendimiento y patriotismo, instituyo por herederos fiduciarios de todos mis bienes a los señores Cura y Alcalde, que al frente del pueblo se hallen a mi muerte, para que realicen toda mi fortuna, y construyan y doten a mis expensas:

»1.º Un hospital municipal, donde puedan ser asistidos todos los enfermos pobres del pueblo, y por manera especialísima los que se titulan sobrinos míos.

»2.º Un buen edificio, destinado a Casas Consistoriales, donde mis parientes que lleguen a ser alcaldes y concejales se desvivan por el bien de sus convecinos.

»3.º Otro edificio para Escuelas, donde todos puedan adquirir gratis y cómodamente la instrucción y educación que tanto necesitan.

»4.º Doctarán, además, con carácter permanente, una escuela de adultos, para que los mozos del pueblo, que se pasan las noches rondando, relinchando y haciendo el tonto por esas calles, se instruyan y se eduquen, para llegar a ser honrados padres de familia e inteligentes labradores.

»5.º Por último, instituyo en la iglesia parroquial solemne aniversario, que se cantará todos los años el día correspondiente al de mi muerte, si lo permite la liturgia; o el más próximo en el caso contrario, y cincuenta misas anuales, que se rezarán cuando el Párroco disponga, todo en sufragio de mi alma y remisión de mis pecados, y para que mis sobrinos no pierdan la costumbre y ocasión de obsequiarme.

»6.º Si después de construidos los edificios dichos y de convenientemente dotadas las instituciones referidas sobrara capital, se repartirá entre los pobres del contorno, excluyendo a mis verdaderos sobrinos y parientes dentro del contorno.»

Cuantos tuvieron noticia de las precedentes disposiciones testamentarias y conocían al indiano difunto, después de reirse de la partida serrana que había jugado a sus sobrinos, exclamaban a coro:

— ¡Era todo un tío!

Lo que se necesita para resolver la cuestión del trabajo

Copiamos de *La Caridad*:

«El hombre es pobre;

Porque no quiere trabajar.

Porque no sabe trabajar.

Porque no puede trabajar.

Porque con su trabajo no gana bastante para atender a las necesidades de la vida.

En los cuatro casos, la sociedad tiene el derecho de ayudar al hombre.

En el primero (cuando no quiere), obligándole a trabajar.

En el segundo, enseñándole de trabajar.

En el tercero, sosteniéndole (porque no puede).

Y en el cuarto, disminuyendo sus necesidades y aumentando sus haberes.

El primer caso debe resolverlo la JUSTICIA. El cuarto, la CARIDAD DE CONCIENCIA y la JUSTICIA.

Mientras la sociedad no resuelva el gran problema de la pobreza, no gozará de paz.

¡Magnífico y sustancioso programa que aún podría compendiarse con sólo estas palabras: CARIDAD Y RESIGNACION, VIRTUD Y TRABAJO.

Nada más hace falta para solucionar el problema social, y con ser esta verdad de Perogrullo, muchos parecen, o mejor dicho, fingen ignorarla, dejando incompleto el programa, o tomando sólo de él lo que más les favorece y acomoda.

Los de arriba, por falta de caridad, sobre de egoísmo y también porque no dan buen ejemplo a sus subordinados... Los de abajo, porque no tienen resignación, porque olvidan sus obligaciones y buscan la solución de sus conflictos por medios reprobables.

Y el magno problema sigue sin resolver, porque todos andan fuera de la ley... y la ley es ésta: «Buscad, primero, el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura.»

Andrés Manjón.

CHARLA

«¿Tira muchos ejemplares RELIGION Y PATRIA?—¿Tiene mucha suscripción?—¿Y muchos redactores?—¿Por dónde se propaga más?—¿El Periódico es de alguna empresa fuerte u órgano de alguna entidad... o de algún convento?—Y ese Juan Ortea es algún cura?...»

Con frecuencia, de palabra y por escrito y más o menos directamente, se me hacen estas preguntas. Agradezco el interés de los preguntones que así se precupan de *mis cosas*. Voy en la presente CHARLA a dejar satisfecha la curiosidad de todos.

—¿El señor director está?

—Sí, señor. ¿A quién le anuncio?

—Ahí va mi tarjeta. Creo le baste.

—Mi querido D. M., ¡cuánto celebro conocerle y estrechar su mano! ¡Es usted un verdadero legionario de la Buena Prensa! De RELIGION Y PATRIA no digamos. Dios se lo premie.

—Gracias, muchas gracias. Tenía tantos deseos de conocerle que al venir a Gijón me dije: de esta voy a saber muchas cosas de mi periódico favorito y a charlar un poco o un mucho con su director, a quien me interesa conocer desde que lei aquellas emociones madrileñas, tan íntimas como sentidas. Seguramente que me recibirá bien cuando le diga que vengo de su tierra y que estoy asociado de todo corazón a su obra grande y santa.

—A mi me toca ahora mostrarle mi reconocimiento por su interés y por su molestia en venir a visitarme.

—Nada de molestia; satisfacción muy grande. Pero... y yo que me le imaginaba a usted... sacerdote?

—¡Pues?...

—Un seglar tan firmemente y con tal asiduidad dedicado a esta propaganda del periódico no es lo usual, porque al que más y al que menos, las exigencias de la vida le llevan por otros rumbos, sin dejar apenas tiempo, por desgracia, para labor tan útil como necesaria.

—También a mí las exigencias de la vida y los cuidados de familia me llevan por otros derroteros, pero, no obstante, Dios me concede horas y salud para dedicarlas a esta labor favorita de mi corazón.

—Y tan favorita, como que en ella se ven bien demostrados sus entusiasmos y constancia, que no han sido capaces a vencer 16 años de luchas y contrariedades ¿verdad?

—¿Qué obra humana, y más si lleva el espíritu de Cristo, carece de cruz?

—Cierto, cierto. Sólo que esta cruz lleva muy cerca la satisfacción del bien cumplido. ¿No goza usted viendo cómo gusta y se propaga RELIGION Y PATRIA?

—¡Ya lo creo! Y sobre todo con ayudas y estímulos como los de usted y los de muchos que le imitan.

—Sí... de palabras somos sobrado ricos; de capital, que es el motor importante para la mayor propaganda, de ese ¡ay! andamos escasos. ¿Tira Vd. muchos ejemplares?

—Cinco mil quinientos, por ahora. Se han tirado ocho mil, pero hubo que reducirse a medida que los precios, sobre todo del papel, se aumentaban, y así sigo, esperando mejores tiempos, ya que por ahora nuestros periódicos no han entrado en la ley beneficiosa, como los de grandes tiradas.

—¿No cuenta usted con fondos de resistencia? ¿El periódico no es de alguna Empresa editorial, acaso de alguna entidad religiosa de posibles?

—No cuento con fondos de resistencia, ni RELIGION Y PATRIA es de ninguna entidad comercial ni religiosa. Es exclusivamente mío y, como de amo pobre, expuesto a perecer si los suscriptores descuidan la puntualidad en los pagos. Puedo decirle que «lo comido por lo servido».

—Vamos, sí, todo *habas contadas*. ¡Qué lástima! Tanto dinero como se emplea en cosas de ninguna utilidad y hasta perjudiciales, qué excelentemente invertido estaría en esta «buena semilla».

—En esta y en otras más. El mundo está escaso de buenas lecturas y completamente asediado por las malas. Si estas desapareciesen o por lo menos disminuyesen esas enormes tiradas de los periódicos antirreligiosos más o menos de-

clarados, y la prensa netamente católica ocupase el lugar que, por derecho propio, le corresponde y fuese debidamente auxiliada por todos los que se dicen amantes del prójimo, ¿cree usted que veríamos los crímenes y escándalos que todos los días se cometen?

—Yo, en algún tiempo hacía tiradas extraordinarias que repartía gratuitamente por los barrios de esta villa, pero menguaron los recursos y con harto dolor de mi alma tuve que suspenderlas. No soy rico, soy un modesto empleado que no se puede permitir tales dispendios. Si mucho se me proporciona mucho hago con el buen papelito; si me dan poco... ya ve usted, tengo que hacer poco.

—Me da pena oírle. ¡Quién fuera un Cresol!

—Dios lo dispone así. El sabrá por qué y para qué. Conformémonos con su santísima voluntad. No nos exige más de lo que permiten los medios que pone en nuestras manos.

—¿Son ustedes muchos en la redacción?

—Todos los redactores están delante de usted.

—¡Se va usted a agotar!...

—Un periódico tan pequeño y quincenal no necesita consumir muchas energías; cualquiera lo saca avante; ya lo ve.

—Y para la administración ¿a quién tiene?

—A este servidor de usted.

—¡Hombre, hombre!... Es expuesto ser en todo esto único. Un día se pone usted enfermo, lo que Dios no permita, y ¡adiós propaganda!

—Llevo diez y seis años en la tarea sin contratiempos que la entorpezcan. Tengo mucha confianza en El, que todo lo puede.

—Sí, muy bien; pero no hay que tentar tanto la Bondad Suma. Llegará un día...

—Vaya, puesto que es usted tan curioso, que a ratos se parece a un inspector de la Hacienda, voy a darle a conocer la clave de esta obra, en la que ya soy la persona más insignificante.

—Lo deseo con sumo gusto; me interesa soberanamente cuanto guarde relación con RELIGION Y PATRIA (antes «El Amigo del Pobre»). Ya sabe usted que por una feliz casualidad soy suscriptor desde el primer número.

—Y propagandista incansable. ¿Conoce usted los PERSONAJES de este cuadro?

—La Sacratísima Familia de Nazaret.

—Ella es la propietaria absoluta de mi obra, y ese NIÑO el Divino Maestro, el Director insustituible de RELIGION Y PATRIA.

—Le felicito. Mientras usted siga obediente a sus indicaciones irá camino recto a la felicidad deseada.

—¿Sabe usted quién es este FRAILECITO?

—El Santo más popular de la cristiandad, después de San José; el milagroso San Antonio de Padua.

—Tengo el gusto y la honra de presentárselo como mi administrador. Cuida de la CAJA de un modo especial. Cuando ve que las monedas son tan escasas que se descubre el fondo del armatoste, sale por ahí, toca a algún corazoncito cristiano y la situación se remedia.

—¡Si buscas milagros mira... mira a San Antonio! Ahora sí que le digo con plena confianza que su obra no morirá nunca, aunque muera usted.

—Para entonces o antes, si me viniese alguna inutilidad, ya verá cómo aparece un sustituto.

